

«Don Quijote ha sido leído como personaje cómico, un activador lego de la razón filosófica, un héroe romántico, un crítico social del imperio, una figura agónica, un idealista a ultranza...»

De la intensa relación con el *Quijote* dan cuenta los 51 relatos agrupados en esta antología, que incluye a 30 autores de habla hispana desde Rubén Darío, pasando por Jorge Luis Borges, Juan José Arreola o Marco Denevi, hasta las chilenas Pía Barros y Lina Meruane, y entre los españoles, Ernesto Pérez Zúñiga. Estas microficciones no sólo convierten a don Quijote en protagonista de la historia hispanoamericana —como hace Rubén Darío con su «D.Q.» que participa como soldado en la guerra de Cuba, defendiendo los valores de la hispanidad—, sino que conjeturan en torno a las relaciones entre el supuesto autor, el traductor, el propio Cervantes y su personaje. Pero Dulcinea, o Aldonza, no se queda atrás a la hora de inspirar los más delirantes sueños por parte de Arreola, Denevi, Lagmanovich, Epple, Correa-Díaz o Meruane, quienes la elevan a la calidad de autora de la ficción quijotesca, o la hacen descender al nivel de hambrienta lavandera de una taberna. Lo mismo sucede con Sancho quien anhela continuar las aventuras de su amo, como sugieren, entre

otros, Jiménez Emán y Lagmanovich. Y si la brevedad y condensación son los rasgos atribuidos al cuento moderno, en las minificciones aquí reunidas destaca este de sólo ocho palabras de José de la Colina, titulado «Cervantes»: *«En sueños, su mano tullida escribía el Antiquijote»*. Breves o brevísimos, los textos aquí reunidos postulan versiones diferentes de la realidad y sugieren mucho más de lo que está escrito. Este perspectivismo, sus múltiples lecturas, como planteara el propio Cervantes, inaugura la literatura moderna, instalándonos en la dimensión imaginaria con sus terribles y maravillosas implicaciones. Así, Epple nos invita a sumergirnos en la ficción cervantina y aportar nuestra personal interpretación de la obra.

**Consuelo Triviño**

**El barco de la luna. Clave femenina de la poesía hispanoamericana,** *Rodríguez Padrón, Jorge, con prólogo de Joaquín Marta Sosa, Caracas, Fundación para la Cultura Urbana, 2005, XXIV+366 pp.*

Si parece verdad indiscutida que la poesía hispanoamericana contemporánea ha supuesto un

continuo impulso para la evolución y renovación de la poesía española (desde el caso de Rubén Darío al de Vicente Huidobro, sin olvidar las posteriores conmociones que en España provocaron César Vallejo, Pablo Neruda y, más tarde, Octavio Paz), no se ha reparado suficientemente en el papel desempeñado por las mujeres durante esa constante rebelión de la lírica contemporánea de nuestra América. Reconstruir esa tradición femenina de la poesía hispanoamericana, con su intrínseca acción revolucionaria en el orden estético, social y espiritual, es el objetivo de *El barco de la luna*: la imagen del barco alude al continuo viaje, a la inquietante aventura por llegar a donde no se sabe (que eso es la poesía para el lúcido autor de este libro), y la luna nombra esa luz débil, oculta, más secreta, con que viaja la mujer poeta por este mundo donde el sol, con su luz meridiana, ha alumbrado hasta ahora al poeta masculino.

No obstante, en lugar de poesía femenina, habla el autor de «poesía hispanoamericana escrita por mujeres». Y no se trata de un sutil juego conceptual, sino de la conciencia de que la poesía femenina no es de una sustancia genéticamente distinta de la masculina. Lo que ha ocurrido en Hispanoamérica, más que en nuestros países

Europeos, es que la escritura de la mujer, ya de por sí, ha constituido un acto de rebeldía, una invasión del espacio que siempre le ha sido ajeno. De ahí que la escritura poética femenina haya surgido de un deseo de ruptura con la imagen de la mujer (y del mundo) que nos ha transmitido la dominante poesía escrita por hombres. Además, el hecho de hallarse en los márgenes de la cultura occidental, hablando una lengua importada y conociendo unos modelos poéticos también extranjeros, ha obligado a esta mujer a romper los moldes de la lengua y de la tradición literaria con una espontaneidad —y aun violencia— que resalta notablemente junto al panorama poético masculino. La otredad, la marginalidad, es, pues, triple en la mujer poeta hispanoamericana: marginalidad social, marginalidad de su visión del mundo, marginalidad de su mundo mismo frente a la lengua y a la tradición literaria (la europea) que le ha servido como modelo. Y esa otredad es rica en consecuencias que Rodríguez Padrón desgrana minuciosamente: la importancia del futuro sobre el pasado, del deseo sobre la nostalgia, de la pasión sobre el equilibrio racional, de la unidad (social y cósmica) sobre la individualidad personal, entre otros rasgos no menos definitorios de esta clave femenina. Tales motivos de

marginalidad dan como resultado una poesía excéntrica, extraña, a pesar de no quererlo; lo cual es prueba de autenticidad, de que no se trata de una rareza gratuita ni de un experimentalismo más o menos juguetero.

El autor se remonta a la visión nocturna, marginal, quimérica, de Sor Juana Inés de la Cruz, cuya incursión en el saber universal se realiza precisamente durante el *Sueño* (título de su célebre poema), a hurtadillas de la conciencia lúcida, convencida de que la racionalidad diurna era angustiosamente limitada. Pasa luego el autor al modernismo (pero sin olvidar nunca esta «aventura sigilosa» de Sor Juana), donde Delmira Agustini persigue una armonía cuya conquista exige la ruptura con sus venerados modelos estéticos. El drama de Gabriela Mistral, de Alfonsina Storni, de Juana de Ibarbourou y de Josefina Pla es analizado en los respectivos capítulos siguientes.

Después de estas figuras señeras del barroco y de la modernidad, el autor estudia la pervivencia de esa tradición excéntrica en mujeres poetas de la segunda mitad del XX, ahondando en el drama personal de cada una: la uruguaya Sara de Ibáñez, la venezolana Ana Henriqueta Terán, la costarricense Eunice Odio, la argentina Olga Orozco, la mexi-

cana Rosario Castellanos, la cubana Fina García Marruz, la uruguaya Ida Vitale, la peruana Blanca Varela, la uruguaya Marosa di Giorgio y la argentina Alejandra Pizarnik. Cada una, desde una perspectiva existencial, propia de su tiempo, encara su contienda interior de una forma personalísima; de ahí que su lenguaje poético no surja de una originalidad buscada, sino de una irrepetible lucha íntima.

No espere el lector algo así como una historia de la poesía femenina hispanoamericana, porque este libro es todo él un ensayo, en el sentido fuerte de la palabra: es decir, un pensamiento que, como en el poema, se crea a medida que se escribe, sin ningún *a priori* definitivo. Por eso, en esta aventura ensayística de Rodríguez Padrón no hay lugar para detallados recuentos de sucesos biográficos ni de obras publicadas por cada poeta, sino para la inmersión directa en el conflicto vital (que es verbal) de los poemas o libros que, a juicio del autor, son más representativos de la excentricidad de cada una de estas poetas hispanoamericanas. El mismo predominio de la frase nominal, estática, en el discurso de Rodríguez Padrón, manifiesta un deseo de encontrar quietud donde la materia parece resbalar-se a cada instante, pues se trata de

seguir las huellas de un proceso poético tan dinámico y sorprendente como desconocido hasta ahora.

**Carlos Javier Morales**

**Ideografía de un mestizo. Ismael Viñas, Pilar Roca, Duken, 2005, Buenos Aires, pp.134 Pedidos: [www.dunken.com.ar](http://www.dunken.com.ar)**

A partir del análisis crítico de la trayectoria intelectual de Ismael Viñas (Río Gallegos, 1925), cofundador y director de la influyente revista *Contorno* (Buenos Aires, 1953-1959), Pilar Roca (Cádiz, 1964) ofrece un agudo estudio de las tipologías sociales que fueron conformando los discursos y las prácticas de izquierda en la Argentina del siglo XX.

En ese sentido, la autora señala el desarrollo de un discurso asimilado en el que el intelectual que se hace llamar de izquierdas ha olvidado sus orígenes y ha renunciado a su experiencia comunitaria a cambio de la seguridad que supone recibir el reconocimiento del sistema establecido. Esta práctica discursiva se alimenta del mito; hace prevalecer el culto a la personalidad del intelectual como figura que está en posesión de la

palabra y del pensamiento y crece en la literatura de lo inverosímil, haciendo un uso de la lengua estética y alejado de la realidad de las clases excluidas.

Al mismo tiempo, a través del recorrido vital e intelectual de Ismael Viñas, se definen los trazos principales de un discurso crítico dentro de la izquierda, surgido a partir de la experiencia consciente del mestizo. Éste se entiende como ser de frontera que no encuentra lugar en las estructuras políticas o religiosas existentes. Es esa constante inadecuación social la que le hace desarrollar una profunda sensibilidad ante los problemas más acuciantes de su realidad, así como una mirada crítica y alertadora ante los lenguajes absolutistas y totalitarios.

Esta nueva dimensión existencial anuncia un nuevo estilo social en el que el escritor y pensador define su papel a partir de su propia historia y la de su comunidad, pues forma parte del gran cuerpo pensante que es, en palabras de Ismael Viñas, el intelectual colectivo. Éste último es el que le proporciona las claves para un análisis pragmático de la realidad política, social y económica del país.

En este contexto, la actividad intelectual ya no se puede entender de forma privada o elitizada, pues el trabajo del pensador se nutre de la comunidad y ha de